

Carmen R. Rabell
University of Pittsburgh

**MENOSPRECIO DE CORTE Y ALABANZA DE ALDEA:
¿CRÍTICA LASCASIANA, PROPAGANDA IMPERIALISTA
O 'BEST-SELLER'?**

Uno de los libros más populares e influyentes de su época, *Menosprecio de corte y alabanza de aldea*¹ fue un verdadero 'best-seller' europeo. Su amplia popularidad se debió a la habilidad de captar el interés de un público heterogéneo mediante la representación de una realidad conflictiva, que permitía una multiplicidad de interpretaciones, a veces hasta contradictorias. Sin embargo, esta misma 'virtud' dificulta la lectura y hasta el disfrute del lector actual. Nos proponemos, pues, reconstruir los diferentes discursos ideológicos que atraviesan el texto para recuperar la percepción de sus lectores contemporáneos y, de paso, el placer de su lectura.

Menosprecio de corte... tocó varias preocupaciones y discursos predominantes de la época. Posee un nivel biográfico: es la historia de un activo cortesano que confiesa sus razones para abandonar la corte y cambiar de estilo de vida. Este nivel autobiográfico hace que el texto participe de las contradicciones políticas y sociales de su narrador-personaje: un individuo que, como figura pública, y como escritor, está a caballo entre dos discursos ideológicamente contradictorios: la política imperial de Carlos V y la posición crítica de los frailes franciscanos.

A pesar de la oposición de ambos movimientos, tanto Carlos V como los frailes franciscanos basaron sus respectivas ideologías en un sueño utópico: el regreso de la Edad de Oro. En 1492, España empieza a concebirse como la elegida de la Providencia para reestablecer el Sacro Imperio Romano bajo una sola fe, el catolicismo, y una sola lengua: el castellano. Colón echa mano de este discurso en sus cartas a los Reyes Católicos, y éstos se concebían a sí mismos como los restauradores de una libre y espiritual Jerusalén mientras su nieto Carlos V se identificó con el "Pastor bonus" de esta nueva Edad de Oro.² Este imperialismo disfrazado de "santa misión" también se practicó en las Indias no sin tropezar con la oposición del dominico Las Casas y de los frailes franciscanos, quienes defendían la legitimidad natural de los gobiernos nativos argumentando que nadie podía privar a otros seres humanos de

sus derechos ni en nombre de la Iglesia ni bajo la creencia de superioridad cultural.³ El proyecto utópico de los franciscanos en América consistía en evangelizar a los indios preservando su estado de virtud, libre de los vicios europeos, de modo que se creara el verdadero cristiano en las nuevas tierras descubiertas (Maravall, *Utopía y reformismo en la España de los Austrias* 86). Me propongo probar que, a pesar de lo contradictorio, ambos proyectos utópicos están presentes en el libro de Guevara, hecho que permitía la complicidad tanto de lectores de los sectores más críticos de la época, como de los que gozaban y participaban del "establishment."

Guevara introduce el tema de su libro, las ventajas de la vida retirada en el campo, mediante el ejemplo de su propia experiencia. Explica que, como paje del príncipe don Juan, había pasado una juventud descuidada y licenciosa en la corte de los Reyes Católicos pero, tras la muerte de don Juan e Isabel, decide abandonar la corte y convertirse a la vida retirada de los frailes franciscanos (Guevara 18-19). Sin embargo, este retiro fue "involuntariamente" interrumpido cuando Carlos V requiere sus servicios nada menos que como su cronista y predicador oficial (19).

Los valores contradictorios de Guevara se hacen evidentes. Aunque trata de presentar su retiro franciscano como una ejemplar renuncia del mundo y de la corte para alcanzar la virtud, su calidad de antiguo cronista y predicador de Carlos V le otorgan autoridad para atreverse a aconsejar en un libro que, además, dedica a la elevada figura del rey de Portugal.

Su familiaridad con las cortes más importantes de Europa (Guevara 19) establece sus contactos como cortesano y, al mismo tiempo, legitima su derecho a hablar de los vicios de la corte no como mero observador externo sino como participante privilegiado de ese tipo de vida. Lo que es más, aunque parece rechazar la figura del cortesano, Guevara mismo asume ese papel al dedicar su libro a un príncipe, aconsejarlo y preocuparse por mantener el tono de gravedad y humildad necesarios para dirigirse a un rey (Guevara 23, 20). Además, declararse como antiguo sirviente del emperador y dedicarle a su suegro un libro que supuestamente critica la ambición y competitividad del cortesano, resulta, definitivamente, sospechoso.

Sin embargo, Asunción Rallo afirma que la censura de Guevara contra la competitividad cortesana puede interpretarse como una crítica a la política imperial de Carlos V. Ella apoya su interpretación a partir

de un pasaje en el cual Guevara condena la fiebre de oro que lleva a los españoles a América.⁴

Rallo también conecta este pasaje, y el tópico de menosprecio de corte y alabanza de aldea, con "El villano del Danubio," una anécdota en que Guevara presenta a un campesino de un pueblo conquistado que defiende su humilde estilo de vida contra su civilizado invasor: el imperio Romano. Como sugiere Rallo, "El villano del Danubio" es una declaración en contra del expansionismo militar de un estado absolutista y la primera desarticulación del mito del "bienestar" que traen los conquistadores a los conquistados (Rallo 135). De hecho, hay otros pasajes en los cuales la crítica guevariana de la corte podría interpretarse como una crítica implícita al emperador Carlos V. Entre los privilegios de la aldea, por ejemplo, Guevara menciona no tener que hospedar a ningún rey o señor y poder vivir libremente en casas propias (57). Aunque este pasaje podría interpretarse como una alusión al derecho del rey a asignarle invitados a cualquier habitante de la corte⁵, también podría entenderse como una crítica a la política imperialista de Carlos V, que mediante la ocupación expansionista le quita el dominio sobre sus territorios a los conquistados o le impone huéspedes indeseables.⁶ Esta idea reaparece en otro pasaje en el cual Guevara afirma que en la aldea todos gozan de sus tierras, de sus casas y haciendas porque, entre otras razones, pueden vivir para sí mismos sin hacerles daño a los otros, y de acuerdo a la razón y no para satisfacer la opinión de los demás (59). Sin embargo, su insistencia en el privilegio de los aldeanos de gozar de sus casas y "estatus" y de seguir su propio estilo de vida podría ser, más que una crítica a la imposición imperialista, una simple alusión al espíritu competitivo y a la práctica de adulación necesarios para triunfar en la corte. Pero, ¿cómo interpretar una crítica de esta naturaleza en un libro dedicado al suero de Carlos V y cuyo autor fue cronista y predicador oficial del emperador?

Como proyecto utópico y crítica de la corte, el texto de Guevara entra en diálogo con autores precedentes y contemporáneos: Petrarca, Virgilio, entre otros.

Pero este lugar común es también una transposición del mito clásico de la Edad de Oro. Como afirma Genovese, los antiguos creían que a la perfecta Edad de Oro había seguido la de plata y a la de plata la de bronce, era en la cual se comienza a forjar armas y a comer carne. En ésta la Justicia abandona la tierra.⁷ Sin embargo, de acuerdo con Virgilio,

el final de la Edad de Hierro estaría marcado por el regreso de la Justicia y, en su cuarta égloga, anuncia también el nacimiento de un niño que reinaría en esta edad regido por la gloriosa y brillante diosa de la razón y las artes (Genovese 25). Como ya he mencionado, Carlos V se creyó la encarnación de esta profecía.

A su vez, el regreso de la Justicia en un futuro de felicidad, abundancia y perfecta salud⁸ fue transformado por varios autores españoles en un mito espacial. Si los cronistas pensaron a América como el cumplimiento espacial del mito de la Edad de Oro,⁹ Guevara presenta el campo como su espacio ideal.

Antonio de Guevara resume las virtudes y ventajas de la aldea y los vicios y desventajas de la corte. Presenta la corte como un lugar dominado por la burocracia, la hipocresía, el favoritismo, el frívolo interés por las apariencias, los juegos de azar, la glotonería, la prostitución y los falsos hidalgos (84-107). Por otra parte, la aldea es el lugar ideal para el ocio y proporciona el tiempo suficiente para gozar de actividades placenteras sin preocuparse de las apariencias; su comida es fresca y no hay en ella necesidad de doctores porque nadie se enferma (59-66).

Guevara transforma la aldea en un espacio utópico no tocado por el tiempo y los vicios, y, en cambio, le adjudica a la corte la decadencia, no ya de la Edad de Hierro, de la cual gozaron sus ancestros, sino de una "edad de barro" en la cual todos están embarrados (109).

Con la excepción del tono humorístico, los cronistas de Indias tratan el mito de la Edad de Oro de una manera similar. Guevara argumenta que en la corte la fortuna y los vicios reducen al hombre a la enfermedad y el envejecimiento y ofrece su propia experiencia como ejemplo (135).

En contraste, la saludable vida de la aldea detiene las enfermedades y el proceso de envejecimiento. Echando mano otra vez de su sentido del humor, Guevara le advierte al cortesano que se retire a la aldea, lugar ideal donde se disfruta de mejor comida, mejores casas y donde nadie compite o sufre de piedras en los riñones porque las únicas piedras que hay en la aldea son para construir nuevas casas (66).

Sabemos que el ideal de la eterna salud y juventud fue también atribuido por los cronistas a los indios nativos de América. Por otra parte, si Guevara retrata las virtudes de la vida aldeana, *Las Casas*, en *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, resalta la inocencia, pacifismo y simplicidad de la vestimenta y la comida de los indios para

convencer al emperador de la ilegitimidad de los abusos cometidos por los conquistadores en América.¹⁰

Tanto América como la aldea se convierten en el cumplimiento espacial del mismo mito. Mientras Guevara presenta la aldea como el lugar ideal para desarrollar la virtud y la honestidad, el dominico Las Casas y los frailes franciscanos concibieron América como el lugar utópico donde un nuevo estilo de vida, una nueva cristiandad, sería posible.

Pero, aunque podemos establecer relaciones entre el discurso lascasiano, el proyecto franciscano en América y las críticas de la corte y alabanzas de la aldea de Guevara, hay algunas peculiaridades que separan radicalmente a nuestro autor de sus camaradas religiosos. Su afiliación a Carlos V, la dedicación de su libro a Manuel I y su insistencia en resaltar su condición de partícipe activo de la vida cortesana, así como su tono humorístico al tratar el tópico de la Edad de Oro, probablemente reducen la fuerza de su crítica ante el emperador.

El humor guevariano neutraliza su caricatura de la vida cortesana y permite una lectura simpatizante tanto por parte del cortesano como del aldeano. Aún el cortesano caricaturizado por Guevara podía gozar de algunas de las maliciosas alabanzas que le hace Guevara a los aldeanos. Cuando alaba la libertad de la vida aldeana, por ejemplo, Guevara se regodea describiendo la forma simple en que se viste un aldeano para ir de compras al pueblo. Pero su retrato es más una caricatura que una idealización: Guevara presenta al hidalgo aldeano como una grotesca figura que lleva una capa larga, un sombrero viejísimo y que monta en un burro alquilado al que, además, azuza con un palo (63). Como si esto fuera poco, una de las críticas que le hace Guevara a los cortesanos es que son tan glotones que "comen como aldeanos" (77).

Tanto la ambigüedad de la crítica de la corte como la de la representación de la aldea como espacio "mítico" se entienden mejor si examinamos el contexto social desde el cual habla Guevara. En España, la práctica discursiva de "menosprecio de corte y alabanza de aldea" podía entenderse como una propaganda implícita contra los conversos. Sabemos que cualquier oficio técnico o comercial era motivo de sospecha mientras llevar las armas y, sobre todo, ser campesino se convirtió en sinónimo de "pureza de sangre." El campesino, cristiano viejo, miembro de la clase económica más baja, se identificó a sí mismo con los ideales aristocráticos de la guerra santa y adoptó también un sentido de

superioridad sobre la clase media y emergente burguesía, compuesta por conversos y musulmanes que se dedicaban al comercio y a trabajos técnicos o intelectuales.¹¹ Como sugiere Márquez Villanueva, la alabanza de la aldea y crítica de la corte de Guevara podría entenderse como un ataque a la movilidad social basada en el dinero y a la posible infiltración de comerciantes e intelectuales en la clase noble.¹² Sin embargo, ambas representaciones literarias, la del campesino y la del cortesano, eran igualmente ambivalentes. El campesino era representado tanto como modelo positivo que como motivo de burla ante lectores o espectadores de la comedia, mientras el hidalgo pobre era también una de las caricaturas favoritas de la literatura del Siglo de Oro.¹³

La compleja representación del cortesano y el campesino son una muestra elocuente de las contradicciones sociales de la realidad española de la época.¹⁴ Es muy sabido que, mientras el Renacimiento europeo se caracterizó por el ascenso de la burguesía, en España esta clase, mayormente compuesta por judíos o conversos, fue reprimida o expulsada. El resultado fue un país empobrecido que, aunque poseía la mina de oro de América, era incapaz de manejar sus propias transacciones económicas, que delegó en la banca extranjera. En consecuencia, la economía española era básicamente agrícola y ganadera. Pero, mientras los hidalgos y nobles en general estaban exentos del trabajo y el pago de impuestos, sus peones cargaban con ambas responsabilidades. Por supuesto, en una situación como esta, aunque el campesino gozara del prestigio de ser considerado cristiano viejo, si llegaba a la posición casi imposible de juntar alguna ganancia, intentaba comprar un título falso de nobleza para poder disfrutar tanto del prestigio social como de la exención de impuestos. Aún peor, el nuevo hidalgo generalmente abandonaba su viejo oficio y se iba a la corte para vivir según las expectativas de su nuevo rol. Por otro lado, un verdadero hidalgo, cuya única posesión era su orgullo aristocrático, prefería morirse antes de trabajar en una aldea en la que su vergüenza sería dominio público. Entonces, se iba a la corte donde era más fácil fingir riquezas inexistentes o trataba de buscar el favor de los burócratas a cargo de la emigración a las Indias.¹⁵ A veces también el campesino, cansado de su pobreza y explotación, se trasladaba a la corte disfrazado de hidalgo.

El resultado de esta tensión social fue una corte sobrepoblada de nobles que abandonaban sus haciendas en manos de administradores para vivir de sus rentas mientras lucían y derrochaban su riqueza en la

corte (Fernández Alvarez 87-88), y de hidalgos pobres, nuevos hidalgos y falsos hidalgos que se dedicaban a fingir "estatus" mientras adulaban o engañaban a los cortesanos pertinentes para obtener favores y beneficios.

En este contexto, se puede entender el menosprecio de corte y alabanza de aldea como un tipo de propaganda totalmente compatible con la ideología de la corona, pero, a su vez, como una crítica acomodaticia de todos los sectores del público. El campesino podía gozar de las críticas al cortesano, y el cortesano podía reírse con la burla implícita hacia el campesino sin darse nunca por aludido. Después de todo, el cortesano caricaturizado podía ser siempre "otro": un nuevo aristócrata, un hidalgo pobre o un campesino disfrazado de hidalgo. Al mismo tiempo, mientras algunos lectores históricos del texto, como los franciscanos, por ejemplo, podían discernir una crítica implícita al espíritu competitivo y al comportamiento expansionista de Carlos V, que, al igual que el noble transplantado a la corte, abandonaba los problemas domésticos de su hacienda para gastar el dinero de las Indias en guerras imperialistas, otros lectores podían leer en los avisos de Guevara un diseño de una nueva política interna para mejorar el nivel de vida del país. Es decir, se podía entender el texto de Guevara como un programa económico para repoblar y restaurar la riqueza del campo y eliminar, a su vez, la sobrepoblación y el escenario picaresco de la corte.¹⁶ Esta política, por supuesto, se presenta como una sugerencia a Carlos V y la lleva a cabo Guevara no desde su posición de fraile retirado de la corte, sino desde su posición de consejero oficial del emperador.

La ambigüedad guevariana no es, sin embargo, el producto de un mero oportunismo. Como cortesano y fraile franciscano era normal que no estuviera en la posición de identificarse del todo con ninguno de los sectores de su público. Aún más, Guevara tampoco se salva de su propia burla. Hay que recordar que, aunque establece su autoridad como participante interno de las más importantes cortes de Europa, también autoridiculiza su posición autorial al confesar "aver tropezado y aun me aver derrostrado" en la mayoría de los vicios cortesanos que critica (18).

Además, cuando se refiere a la gravedad del estilo que debe adoptarse en un libro dirigido a un príncipe, afirma que ha sido muy cuidadoso con su escritura para no ser tedioso o producir algo que tenga que ser cercenado o amputado. Mientras utiliza un lenguaje más cercano a la cirugía o carnicería, Guevara expande aún más su ironía justificando

su "cuidadoso" estilo porque, si decir a cualquiera "una cosa baxa y simple es bovedad," "escrevirla o dezirla al príncipe es bovedad y temeridad y aun nescedad" (20). Esta autoridiculización humorística tiende a transformar cualquier fin didáctico del texto en un chiste literario. Como sugiere Márquez Villanueva, Guevara, predecesor del "best seller" moderno, fue uno de los primeros descubridores del lector de masas para el cual escribió una literatura más basada en el arte de entretener que en el de enseñar (Márquez Villanueva 177-178).

El logro de la condición de "best-seller" fue el resultado del descubrimiento de una técnica que consistió en echar mano de un lugar común, reciclar un mito popular que ya había sido utilizado por grupos socio-ideológicos opuestos con fines propagandísticos y neutralizar tanto las contradicciones de ese discurso como las posibles reacciones defensivas por parte de los diferentes sectores del público mediante el humor y la autoridiculización.

Más que una crítica de la corte o una idealización de la aldea, más que discurso vacilante entre imperialista y lascasiano, entre la posición de consejero oficial y la oposición franciscana, *Menosprecio de corte y alabanza de aldea* es un retrato de una sociedad conflictiva escrito con un ingenioso y acomodaticio sentido del humor capaz de apelar a un público igualmente ambivalente y heterogéneo.

Notas

- 1 Fray Antonio de Guevara, *Menosprecio de corte y alabanza de aldea* (Buenos Aires: Espasa-Calpe, 1947).
- 2 José Antonio Maravall, *Utopía y reformismo en la España de los Austrias* (Madrid: Siglo XXI, 1982) 34.
- 3 José Antonio Maravall, *La oposición política bajo los Austrias* (Barcelona: Ariel, 1972) 105-106.
- 4 Asunción Rallo Gruss, *Antonio de Guevara en su contexto renacentista* (Madrid: Cupsa, 1979) 135.
- 5 John H. Elliot, "Philip IV of Spain," *The Courts of Europe: Politics, Patronage and Royalty 1400-1800*, ed. A.G. Dickens (London: Thames & Hudson, 1977) 170.
- 6 Es importante recordar que al principio Carlos V fue considerado un "extranjero" en España y que en *Una década de Césares* Guevara mantiene que el príncipe debe nacer en la tierra que le toca gobernar (Maravall, *La oposición política bajo los Austrias* 58).
- 7 E.N. Genovese, "Paradise and Golden Age: Ancient Origins of the Heavenly

- Utopia," *The Utopian Vision*, ed. E.D.S. Sullivan (San Diego: San Diego UP, 1983) 24.
- 8 De acuerdo a André Neyton, estos son los tres elementos constitutivos del mito de la Edad de Oro, *L'Age D'Or et L'Age de Fer* (Paris: Les Belles Lettres, 1984) 19.
 - 9 Fernando Aínsa, "From the Golden Age to El Dorado: Metamorphosis of a Myth," *Diogenes* (1986): 35.
 - 10 Bartolomé de las Casas, *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* (Madrid: Cátedra, 1984).
 - 11 Henry Kamen, *La inquisición española* (Barcelona: Grijalbo, 1972) 16-17.
 - 12 Francisco Márquez Villanueva, "Burlas y veras en Guevara," *Historia y crítica de la literatura española; Siglos de Oro: Renacimiento*, ed. Francisco Rico (Barcelona: Editorial Crítica, 1980) 180.
 - 13 Manuel Fernández Alvarez, *La sociedad española del Renacimiento* (Salamanca: Anaya, 1970) 118-119.
 - 14 Ver Edmond Cros, "Contribution à l'étude de la formation discursive au Siècle d'Or: le cas de Don Quichotte," *Imprévue* (1983): 21-33.
 - 15 Los indianos ricos tampoco se salvaban de ser sospechosos de "impureza de sangre," Américo Castro, *De la edad conflictiva* (Madrid: Taurus, 1961) 175.
 - 16 Felipe II sigue esta política en 1611, cuando decreta que todos los nobles deberían dejar la corte y retornar a sus haciendas (Fernández Alvarez 170).